

Entrevista a María Cristina Palacio*

“Familia” es una palabra que enuncia un referente en la vida cotidiana e identifica la presencia de órdenes discursivos en torno a concepciones, imaginarios y representaciones acerca de sus potencialidades, problemáticas, proyecciones, crisis, cambios y transformaciones
(María Cristina Palacio, *La familia*, 2020, p. 25)

Entrevistadoras (E): ¿Qué la lleva al tema de familia en su trayectoria académica?

María Cristina Palacio (MC): El punto de partida es muy curioso, digámoslo así, como las experiencias que muchas veces llegan en la vida y que uno dice ¿por qué?, ¿o por qué inicié este camino o esta trayectoria? Realmente, yo empiezo el tema de familia con mi vinculación con la Universidad de Caldas, concretamente cuando me gané el concurso de la Facultad en ese momento de Desarrollo Familiar. En 1986, ya tenía una trayectoria académica, docente, incluso en ese momento era profesora de Trabajo Social, también de la Universidad de Caldas, pero no abordaba el tema de familia.

Cuando gano, el concurso en Desarrollo Familiar empiezo a trabajar con el tema de familia, y confieso que no tenía ni ideas ni nociones. Era una Facultad que estaba iniciando el proceso de construcción académica, su identidad, con todos los debates y las discusiones que se estaban dando sobre el campo de familia en contextos nacionales e internacionales. Ahí comienzo a trabajar, a meterme en el estudio sobre familia. Además, considero que la comprensión y la expresión temática sobre una realidad como la familia no es neutral: abordamos lo que vamos construyendo en nuestro pensamiento, en nuestra forma de reflexión a partir de las concepciones, las posturas y las apuestas que tenemos.

Tengo una formación sociológica, con estudios de Maestría en Ciencias Políticas y en ese momento, 1986, con una fuerte presencia de una formación marxista. Esto me da una visión crítica y política, y comienzo a ponerle este lente al análisis de familia, al modelo de Desarrollo Familiar, como un modelo importado de Canadá y EE.UU. a través del convenio entre la Universidad de Caldas y la Universidad de Guelph.

Pongo una distancia crítica a la visión parsoniana y funcionalista predominante en la Facultad de Desarrollo Familiar, y comienzo a poner un cuestionamiento en términos de qué sabemos

* Socióloga de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, con estudios de Posgrado en Ciencias Políticas de la Universidad de los Andes. Docente distinguida de la Universidad de Caldas. Se ha especializado en vejez y envejecimiento, familia y migración internacional, y familia y cuidado.

** Entrevistadoras: Alba Lucía Marín y Diana Marcela Alzate, docentes de la Universidad de Caldas y editoras invitadas del presente volumen. Entrevista realizada el 2 de mayo de 2025.



de la familia en Colombia y confrontar un cierto colonialismo académico. En ese momento, teníamos el trabajo pionero de Virginia Gutiérrez de Pineda y unos avances que desde el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar se estaban haciendo, pero indiscutiblemente necesitábamos hacer todo un jalonamiento para construir el campo de familia. Desde ahí hay como dos ejes que comienzan a marcar mi trayectoria en el campo de familia. Por un lado, la pregunta por la conceptualización y su rigor metodológico y, por el otro lado, la investigación. De esta manera, la puerta de entrada es la problemática de la violencia familiar. Un camino que oriento bajo la lupa de la discusión feminista, de preguntarme muchas situaciones que enfrentan la familia y sus integrantes; y a reflexionar en torno a la feminización de la familia, el lugar de la madre y de la mujer, las desigualdades y disimetrías. Lo que se constituye en el panorama, tanto de investigación como de la teorización sobre familia.

Paralelo a esto, tengo apertura académica con Medellín, fue en el 87, a partir de un ciclo de conferencias en la Facultad de Desarrollo Familiar; uno de los conferencistas fue Hernán Henao, antropólogo, profesor de la Universidad de Antioquia. Él me conecta con la Universidad de Antioquia y la Bolivariana y de igual manera en Bogotá, con la Universidad Nacional, el Externado. Así comienzo a circular, en seminarios y debates, pongo la exigencia de una conceptualización, procurando afinar la reflexión sociológica sobre familia.

E: ¿Cuáles podría señalar como los principales cambios y transformaciones que se presentan en las relaciones familiares?

MC: Esa es una pregunta muy interesante y, sobre todo, que siento que tiene muchos matices. Si tomo en una retrospectiva, puedo identificar una especie de umbrales, los cuales parten de mi distancia crítica de la postura parsoniana. Insisto en considerar la familia como una forma particular de organización social que se estructura en torno a las relaciones, y a vínculos de parentesco. Desde mi corpus teórico, el parentesco no puede reducirse a lo biológico, a los fluidos humanos sangre y semen; es una construcción cultural y simbólica de pertenencia situada históricamente.

Retomo la reflexión sobre los umbrales, no como tiempo cronológico recordando a Helena Béjar. Un punto de partida es el tiempo del silencio, un umbral de invisibilización, donde el tema de familia no se tocaba, no se abordaba, ni mucho menos se cuestionaba. Era una línea sacralizada sobre la familia y la familia nuclear. Todo aquello que no correspondía a la familia nuclear, indiscutiblemente era señalado como disfuncional, problemático, o que se estaba desbaratando moralmente; ahí se identifica un rasgo analítico sacramentalizado sobre familia.

Para ese momento histórico, marco, significativamente el trabajo de Virginia Gutiérrez en la década del 60, con todo lo que está pasando, no solamente en Colombia, sino también en América Latina, en términos de los procesos de industrialización, urbanización y migración:

el peso de las teorías del desarrollo en América Latina, la cuestión de la descomposición del campesinado y la investigación acción participativa.

Desde ahí, ¿qué ocurre y por qué quiero resaltar en este contexto histórico de la década del 60 el trabajo de Virginia Gutiérrez? Porque Virginia Gutiérrez es la que pone un marco de referencia, de cambio significativo en el abordaje de familia, con su visión sobre los complejos culturales para situar las realidades familiares. Un enfoque de diversidad que rompe con esa visión homogenizante de la familia que corresponde a un modelo único y hegemónico. A mi modo de ver, en la interpretación que yo hago, Virginia abre la puerta a hacer esa lectura, de que la familia no es un bloque, no es un todo homogéneo, sino que indiscutiblemente tiene una correspondencia con los procesos sociales, con la configuración del Estado y con lo que está pasando socialmente desde los movimientos y las dinámicas sociales.

Empieza a revolucionarse, digámoslo así, esa visión del mundo familiar y, unido a eso, también emergen otras problemáticas sociales con la migración del campo a la ciudad, con la creación en 1968 del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Lo cual significa hacerse una serie de preguntas y, a mi modo de ver, a demandar ante el Estado una lectura frente a familia y una postura frente a esta, es decir, no es una cuestión de puertas para adentro, sino que empieza a circular el tema de familia en la agenda pública; lo que sería un segundo umbral.

El solo hecho de crear una institución como Bienestar Familiar ya es un indicador, de qué está pasando, no es una cuestión ni de la filantropía de las iglesias, ni del bienestar, que están haciendo, o de los pobrecitos, sino que es una respuesta. Hay toda esta marca a la presión social, que yo llamaría, en la línea de Helena Béjar, el tiempo del tumulto. La pregunta por la mujer, por las condiciones de subordinación y por la economía doméstica. Esto, vinculado a que la mujer ya irrumpe públicamente en términos educativos, laborales; la mujer siempre ha existido vinculada al mundo laboral y especialmente en el sector rural, pero se hace mucho más evidente como indicadores sociales, desde el punto de vista educativo, del empleo, y empiezan otras preguntas, ¿qué está pasando con la familia?

Hay otro elemento que se da a finales del 80, vinculado con el trabajo de familia de la Universidad de Antioquia, con el grupo de Hernán Henao, de Blanca Inés Jiménez, de Olga Lucía López, es la pregunta por el padre, y se da el primer seminario. Ese es otro elemento que socialmente se interroga, empezamos a hacer toda una reflexión sobre cómo nombrar lo que estaba pasando en la familia. Se abordan las nuevas tipologías. Y aquí quiero hacer una distinción entre el modelo y las tipologías. Porque el modelo es el que se constituye como una especie de arquetipo, el modelo es el que nombra lo que se debe pensar o hacia dónde se debe mirar en la organización familiar. El hecho de que todavía se reafirme el modelo nuclear, el modelo de papá, mamá e hijos, que es una visión sacramentalizada, se tiene como modelo moral, de arquetipo social, de la familia normal. Pero ante esa visión de la familia normal,

la realidad nos está mostrando otra cosa completamente distinta. El modelo está ahí como referencia, y lo dice hace mucho tiempo Elizabeth Beck: el problema no está en la familia, sino en el modelo.

En este umbral del tiempo del tumulto, se construyen otras tipologías, pero desde la familia nuclear: con núcleo o sin núcleo, extensa, incompleta, completa, monoparental. Tipologías que se piensan desde lo que se aumenta o le falta a partir del modelo de la familia nuclear, ejemplo: familia extensa porque tiene parientes agregados, o familia monoparental porque le falta. A este respecto, insisto de que el modelo no debería dar correspondencia con una forma determinada de organización, sino que el modelo tiene una correspondencia con el reconocimiento de la familia como una forma de organización social, sustentada en el parentesco como una definición relacional, de conexión, de pertenencia, y que nos permite marcar las responsabilidades y las obligaciones que se tienen entre sus integrantes.

La década del 90 empieza con algo muy significativo, y es cómo se traduce la perspectiva de género y de los derechos. Para situar estos giros en los contextos sociales y políticos, para el caso de Colombia es con la Constitución del 91, se pasa de ser un país del Sagrado Corazón a ser un país marcado, como dice Humberto de La Calle, a ser un Estado y una Sociedad no confesional, un país con un Estado social de derecho. Se da el panorama de los derechos, de luchar y de pelear contra la discriminación y contra la exclusión, al menos desde el marco del Estado, desde otra visión política, con otro fenómeno social que lo asocio con esto, es la demanda de transitar por un camino de reconocimiento de los derechos, de la perspectiva de género, de la inclusión sin discriminación y de la democratización.

Aquí me voy a detener en algo, la perspectiva de género ha sido muy importante, como dice Ágnes Heller, la principal revolución política, social, cultural que se da en el siglo XX es la revolución feminista, pero como todo, mientras las revoluciones políticas estallan, las revoluciones culturales se producen. Los giros, los cambios, los movimientos culturales necesitan un ritmo distinto, donde hay avances y retrocesos, lo estamos viendo ahora, con todas las discusiones que se han señalado como el fin de la democracia, el asentamiento de las teocracias, de las rupturas que estamos viendo con la llegada de Trump, con la llegada de Bukele en El Salvador, de Millet en Argentina, todas estas luchas que estamos viendo ahora; cambia aceleradamente el panorama político y, por supuesto, el de la familia.

La década del 90 dio otra apertura, en términos de la discusión sobre los derechos, de la perspectiva de género; en mi trayectoria, empezamos a hablar de otras maneras de abordar familia. Guillermo Villegas empezó a trabajar y a plantear la democratización de las relaciones familiares, desde cómo se daba la distribución equitativa en el trabajo doméstico y extradoméstico, muy en la línea de la democratización, y él lo puso en términos del mercado, de las racionalidades económicas que se estaban dando en la familia.

Y a la vez que Guillermo estaba planteando sobre la democratización de las relaciones familiares, yo puse la pregunta por la politización del tema de familia, para develar la carga ideológica, de interrogar y sospechar por este marco, por este mandato emocional, sacralizado de la unidad de la familia, el amor familiar. No es que usted al papá lo tiene que querer, a la mamá la tiene que querer; no es una cuestión de obligación, sino de construir con responsabilidad y en el campo de familia, en la realidad de familia, yo leía, leo, sigo leyendo, el tema de familia y la realidad familiar desde dos puntos de vista. Uno, el lugar que tiene la cuestión familiar en la agenda pública. Y dos, hacer una lectura política de la familia a su interior, en la dinámica de sus relaciones. Planteo que si hay algo diverso en el mundo social es la familia, es que esa cuestión de que todos somos iguales, de que todos nos queremos de la misma manera, no. Muy vinculada a las reflexiones políticas y al enfoque de derechos y a la pregunta por el análisis de la teoría del conflicto.

Los intereses son individuales, el interés de la madre es distinto al interés del padre, el interés del hijo, al interés del hermano mayor, de la hermana menor, pero los beneficios son los que se construyen colectivamente. Entonces, desde ahí empiezo a trabajar esa cuestión de la politización de la familia, a desentrañar esas paradojas, esos dilemas, y se me abre el panorama del análisis emocional, y descubro como lo dijo Helena Béjar, el tiempo del murmullo, es decir, es un tiempo donde se le baja la razón y se le sube el corazón, empiezo a leer esto, incluso de la mano de otra socióloga israelita que se llama Eva Illouz.

Empiezo a hacer una lectura política de las emociones en la familia, no en abstracto, sino cómo circulamos en la vida cotidiana con emociones diversas, que hay que ponerle el apellido, hay que hablar de las emociones fúricas, de las emociones, como lo dice Martha Nussbaum, de las emociones básicas, primarias, que compartimos filogenéticamente con los animales no humanos, y las emociones sociales, morales, que tienen que ver con los procesos de crianza y cuidado.

Desde ahí hay un contexto; siento que para ir cerrando esta parte, primero que todo, yo quiero hacer una distinción entre cambio y transformación, que me parece fundamental. El cambio es permanente, es decir, no podemos partir de que la realidad es inmutable, la realidad está en un movimiento permanente, Ágnes Heller lo dice, no hay dos días iguales, en términos de la confluencia, el tiempo y espacio es diversa, no es igual, porque la vida cotidiana es la vida social, es la vida diaria. El cambio me está demandando unas prácticas, unos hábitos, me está demandando la forma como yo respondo a esa vida funcional. Y desde ahí, se puede hablar de unos cambios funcionales, para manejar la normalidad de la vida cotidiana.

Pero cuando esa vida cotidiana o cuando ese cambio me pone a mí en un desacomodo completo, que me irrumpe e interrumpe lo que se tiene que hacer, entonces ya tengo que dar otro giro completamente distinto. Aparece lo que Karel Kosik, habla de la preocupación,

una interrogación, en términos de la costumbre. Y retomando lo que les estaba diciendo, el cambio cuando es funcional, es un cambio que yo lo adapto, y es un cambio que tiene que ver más con unas condiciones individuales, con la manera como subjetivamente correspondo para darle continuidad a esa normalidad. Pero cuando el cambio es de carácter social, está dando la marca de unas nuevas maneras de actuación social, ahí es donde está la transformación. Dicha transformación es apreciable en lo que tiene que ver con familia. Cuando el Estado, a través de las cortes, empieza a marcar líneas jurisprudenciales, líneas doctrinales, y cuando a partir de la Constitución que mencionaba (91), se le da un reconocimiento a la responsabilidad del Estado con la familia, cambia completamente el panorama.

Hay otro elemento que quisiera anotar a manera de colofón de estos cambios y transformaciones. Uno, lo que tiene que ver con los cambios demográficos, actuales, en el siglo XXI; un cambio que no es solamente con Colombia, sino a nivel mundial. Y eso se está traduciendo en que hay Estados, como el caso de Corea del Sur o Estados Unidos. A mí me llamó mucho la atención hace poquito, leyendo precisamente noticias de Estados Unidos, que están implementando políticas pronatalistas y de prohibición del aborto con el argumento de incrementar los nacimientos en pro de patria.

De la mano de esos cambios demográficos, también está vinculado a toda la resonancia, yo no diría el impacto ni las consecuencias, sino lo que está moviéndose en el mundo familiar, en términos de cómo se meten otras formas de nombrar familia, cómo tiene que ver la familia multiespecie.

Esto me lleva a pensar y a reflexionar en esa emocionalidad tan profunda que tiene el tema de familia, y hay una pregunta que es crucial y es que las mascotas siempre han estado vinculadas con los seres humanos. Los animales domésticos tienen un lugar importante en la vida personal y familiar, incluso estos animales de compañía, que son estrategias de cuidado para las personas que tienen dificultades de salud o de movilidad. Las mascotas domésticas juegan un papel muy importante, son estrategias de apoyo a la crianza y cuidado, en términos de la responsabilidad frente a los niños y a las niñas; de cómo desplegar y formar las capacidades de cuidado, yo no tengo absolutamente ningún problema con eso. ¿Dónde está mi resistencia? Mi resistencia está en la humanización y, en la inclusión de la mascota como pariente.

La familiarización que se le pone a las mascotas como integrantes de la familia, como el hijo, incluso con denominaciones que me parecen abusivas conceptualmente, como el perrijo, el gatijo, pero no se habla de mi papá el perro o mi mamá la gata. En este punto, insisto en la razón del rigor conceptual, de su abuso y uso emocional sobre la palabra familia; porque esta palabra enuncia un escenario y agencia de formación de humanidad, afina las responsabilidades sociales que requieren las interacciones sociales y el sentido de sociedad. Por lo tanto, Familia (léase nuclear) no es la base ni la célula básica de la sociedad, es una agencia, para agenciar

nuestro sentido de humanidad, es decir, de reciprocidad, es de interacción, de formación de una concienciación humana.

Mi pregunta es: ¿con las mascotas se logra eso? ¿En las mascotas se logra la concienciación? Sí, hay una interacción, no estoy diciendo que no, pero ¿dónde queda la concienciación? ¿Dónde queda el sentido de lo humano? Incluso yo puedo meter ahora el tema de la inteligencia artificial. Es decir, para mí, claro, es que la inteligencia artificial es un avance tecnológico profundo de la capacidad humana, pero ¿hasta qué punto? Y es una de las grandes preguntas que hay en este momento.

Los pilares de la humanidad son la autonomía, la libertad, la justicia, como principios que circulan y nos dan ese sentido de humanidad. El perro, el gato, ¿tienen autonomía? Ah, no, que el gato es muy independiente, genéticamente está programado para eso. Pero, ¿tiene autonomía? ¿Responde a la formación de una conciencia? ¿Qué hay detrás de esa denominación de familia multiespecie? Un juego emocional para el mercado, porque hay un desplazamiento de esa responsabilidad, que es muy costosa. Y porque aquí hay una humanización de las mascotas y una deshumanización de los seres humanos, y especialmente de los niños y las niñas.

E: ¿Cuáles son los retos que se avizoran en el abordaje en familia, desde la docencia, la investigación y la proyección, hacia donde se orientan en las ciencias sociales?

MC: Hay un primer elemento clave, en la docencia, en la investigación y en la proyección, tres pilares misionales de una universidad, el reto en formar un conocimiento experto, que tengamos la capacidad de hacer una lectura crítica de la realidad, de lo que está pasando, pero también de nombrar lo que se está produciendo en la realidad con responsabilidad ciudadana. O sea, cuando estamos hablando de la familia multiespecie, o de todo lo que está pasando con la reproducción asistida, con la pluriparentalidad, con la violencia vicaria, que son nuevas denominaciones que van circulando en el campo de familia y en el campo social, es decir, qué hay detrás de esto, cómo jugar con las tensiones, con los dilemas, con los paradigmas que se están abordando.

El conocimiento experto con una capacidad de sabiduría ciudadana. Es decir, el tema de familia a mí me parece que hay que sacarlo de ese rincón en que ha sido condenado, de pensar que familia es lo cotidiano, que es un estereotipo profundo que tiene que ver con mujeres, con homosexuales. Pensemos, y esto es una provocación, sin caer en la célula básica de la sociedad; la pregunta es por la humanidad, cómo construir la responsabilidad social, cómo construir esa humanización que nos dé un sentido de ser como seres humanos.

Quiero plantear, retomando un texto que acabé de leer de Susan Neiman, y es la pregunta por quiénes somos y cómo transitamos en lo que somos. Las identidades no son definitivas,

y por eso le doy toda la valoración a los procesos de crianza, y a lo que tiene que ver con las construcciones de la responsabilidad frente a la otredad, quién es el otro, quién es la otra, cómo nos empezamos a conectar a nivel interaccional, cómo nos miramos a los ojos, conversamos, y desde ahí es un sentido de humanidad de quiénes somos y cómo estoy viendo al otro o a la otra.

E: ¿Cómo han resignificado estos temas de familia ahora con su lugar, con su papel como abuela?

MC: Primero, hago una distinción entre vivencia y experiencia. La vivencia tiene que ver con el suceso inmediato y la experiencia pasa por un acontecimiento, una reflexión, crítica o no. Es decir, el suceso llama la atención, pero no trasciende, en cambio, el acontecimiento trastoca, desacomoda, implica decisiones. A propósito de la pregunta que tú haces, voy a tomar también como algo personal y es que, en mi vida, en mi biografía, he sido transgresora, empezando porque yo no me casé y tomé la decisión de ser mamá y elegí el proveedor genético de mi hijo. Para mí ha sido fundamental hablar de familia desde una concepción analítica, crítica, ética y moral. Un tema académico que me implica en mi vida personal, me parece muy complicado jugar y circular en los procesos académicos desde una doble moral. Si estoy haciendo una lectura política, crítica, reflexiva del mundo familiar y social, es porque en mi vida cotidiana busco el principio de coherencia y de consistencia.

El tema de familia me dio un sentido de vida muy crítico, sobre todo me permitió desentrañar y reconocer lo que soy como persona, con dilemas, tensiones, contradicciones, confusiones, también, porque vuelvo y repito, no es separar lo que yo soy públicamente de lo que soy en la vida privada, me hacen abuela, y aquí yo quiero marcar una distinción en el campo de familia. María Cristina, ¿cómo así que la hicieron abuela? Sí, yo encontré una distinción en que yo tomé la decisión de ser mamá, no tomo la decisión de ser abuela, porque eso es lo que lleva a esa complejidad del mundo familiar, y la hago evidente en esta experiencia de abuelidad, la cual está mediada por otros, mi hijo y mi nuera, es una especie de tercerización, o sea, a través de otros. Ahora, me hacen abuela, pero también aquí tenemos que entrar en este proceso de concertación, negociación y acuerdo, de construir la relación y el vínculo de abuelazgo.

Yo no hablo de roles; cuando empecé a hacer esa identificación del rol con la sociología funcionalista, comencé a construir desde la investigación la denominación de lugar social e interaccional. Esa es una de las riquezas para mí del mundo familiar, que se configura de multiplicidad de lugares relacionales, interaccionales, es que a la vez en la centralidad individual, en el caso mío, yo soy mamá, soy suegra, soy hermana, soy tía, y en este caso me hicieron abuela, o sea, estoy estrenando un nuevo lugar familiar, que desde una visión construccionista es mi lugar como abuela. Una construcción que no se circunscribe a mi deseo personal, es aprender a formar la capacidad de concertar, negociar y acordar, con otros y otras, entrelazados con mi nieto. Un proceso rico y complejo que mueve mi dinámica familiar.

Es un cambio, un desacomodo profundo porque aparecen otras rutinas y rituales, se incorporan nuevos códigos enunciativos, ¿qué significa? Fuera de eso, ¿qué me ha pasado a mí? Primero una emoción profunda, ese tsunami emocional, que acompaña de un miedo de ver esa fragilidad que acompaña la magnificencia de la naturaleza humana, con toda la incertidumbre del proceso de gestación; y la vulnerabilidad que se expresa en las condiciones y calidad de vida. Son los riesgos que se enfrentan en la vida humana. Desde ahí es aprovechar el presente con el, lo que puedo vivir día a día; no me quiero entrapar en el agobio del tiempo que le va a pasar cuando sea adolescente, si le va a gustar, si no, ¿cómo será?

Eso sí, espero que su proceso de crianza esté marcado por un sentido de responsabilidad, de cuidado, de lo que él también me está enseñando. La llegada de un nuevo integrante de la familia desacomoda completamente los rituales y los ritmos de la vida cotidiana. Y tiene que estar sustentado en la capacidad de la concepción de la negociación y del acuerdo. Yo le decía, tanto a mi hijo como a mi nuera, ustedes ponen el límite.

¿Qué genera y qué me genera a mí? Responsabilidad en términos de aportar a la crianza tercerizada, y eso es lo que hace complejo, porque nos tenemos que ponernos de acuerdo, ¿hasta dónde puedo participar en el proceso de la crianza? Por eso no me parece que esto se romantice. No, es reconocer que hay temores, miedos, presiones. Y sigo insistiendo en que hay que hacer una lectura política también de esa dinámica relacional y vinculante desde el lugar de abuela.

E: ¿Cómo abordar esa apuesta de la Familia como telón de fondo, a propósito de que por ser un asunto cotidiano pareciera que no tiene relevancia?

MC: Lo quiero poner como en dos planos. Desde el punto de vista de la vida cotidiana, la cuestión familiar o el tema de familia se mueve en unas aguas muy turbulentas. Porque, por un lado, la palabra familia sirve para resaltar la importancia de validar emocionalmente algo, pero también a la vez para señalar los desastres y las tragedias humanas. O sea, hay una tensión y es una contradicción muy fuerte. Se señala mi familia es unida, mi familia es divina, mi familia es hermosa; o el desastre porque la familia no sirve o se está desbaratando el mundo social. Desde ahí es muy ambivalente en su uso y abuso.

Y digo telón de fondo, cuando se pone por debajo de otros temas. Por ejemplo, desde el punto de vista del tema de género. Desde los 80 al hablar de mujer, adolescencia, jóvenes, niños, niñas y actualmente de género, el abordaje de familia era y sigue siendo inherente a ellos y, por tanto, telón de fondo. ¿Por qué cuando se abordan estos campos, la enunciación sobre familia se subsume o se da implícitamente?

Además, es telón de fondo a procesos de politización, de decisiones institucionales o simplemente es un abuso como estrategia de cooptación electoral o de afinamiento de decisiones políticas, pero no porque se aborde conceptualmente. Todo lo contrario, su denominación es una estrategia, generalmente de uso moral.

Para ir cerrando esta entrevista, para mí el tema de familia es una pasión; es un almendrón de la humanización y marca los movimientos sociales. Ahora vemos la pluriparentalidad, las técnicas de reproducción asistida, los giros en los hogares, la diversidad familiar, en fin, la riqueza y el asombro por descubrir la complejidad y diversidad del mundo familiar y social.

Muchas gracias a ustedes por esta conversación.